



EL  
CORAZÓN  
DEL  
MUNDO

UNA NUEVA HISTORIA  
UNIVERSAL

CRÍTICA

PETER FRANKOPAN

## Índice

Portada

Portada

Citas

Nota sobre la transliteración

Prefacio

1. La creación de la «ruta de la seda»

2. La ruta de los credos

3. La ruta del Oriente cristiano

4. La ruta de la revolución

5. La ruta de la concordia

6. La ruta de las pieles

7. La ruta de los esclavos

8. La ruta del cielo

9. La ruta del infierno

10. La ruta de la muerte y la destrucción

11. La ruta del oro

12. La ruta de la plata

13. La ruta de Europa septentrional

14. La ruta del imperio

15. La ruta de la crisis

16. La ruta de la guerra

17. La ruta del oro negro

18. La ruta del arreglo

19. La ruta del trigo

20. La ruta del genocidio

- 21. La ruta de la guerra fría
- 22. La ruta de la seda estadounidense
- 23. La ruta de la rivalidad entre las superpotencias
- 24. La ruta de la catástrofe
- 25. La ruta de la tragedia
- Conclusión: La nueva ruta de la seda
- Agradecimientos
- Imágenes
- Notas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Para Katarina, Flora, Francis y Luke*

Nos detuvimos en el país de una tribu de turcos [...] vimos a un grupo que veneraba a las serpientes, a un grupo que veneraba a los peces y a un grupo que veneraba a las grullas.

*Ibn Faḍlān, Viaje a donde los búlgaros del Volga*

Yo, el Preste Juan, soy el señor de los señores, y supero a todos los reyes del mundo entero en riqueza, virtud y poder [...] La leche y la miel fluyen libremente en nuestras tierras; aquí los venenos no causan daño y no molestan las ranas croando. Aquí no hay escorpiones ni serpientes arrastrándose entre la hierba.

Supuesta carta del Preste Juan a Roma y Constantinopla, siglo XII

Hay un grandísimo palacio todo cubierto de placas de oro fino.

Notas de investigación de Cristóbal Colón sobre el Gran Kan de Oriente, finales del siglo XV

Si no hacemos un sacrificio relativamente pequeño ahora y cambiamos nuestra política en Persia, pondremos en peligro nuestra amistad con Rusia y nos encontraremos en un futuro más bien cercano [...] en una situación en la que estará en juego nuestra existencia misma como Imperio.

Sir George Clerk a sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, 21 de julio de 1914

El presidente ganaría aunque permaneciéramos sentados sin hacer nada.

Jefe de gabinete de Nursultán Nazarbáyev, presidente de Kazajistán, poco antes de las elecciones de 2005

## NOTA SOBRE LA TRANSLITERACIÓN

La cuestión de la transliteración es causa de desacuerdo entre los historiadores. En un libro como este, que utiliza fuentes primarias escritas en lenguas muy diferentes, es imposible emplear una única regla para los nombres propios. He preferido utilizar Gengis Kan, Trotski, Gadafi y Teherán a pesar de que quizá otras transliteraciones sean más exactas; por otro lado, evito utilizar las alternativas occidentales para Beijing (Pekín) y Guangzhou (Cantón). Los lugares que han cambiado de topónimo plantean un problema particularmente complicado. Llamo Constantinopla a la gran ciudad sobre el Bósforo hasta el final de la primera guerra mundial, momento en que empiezo a referirme a ella como Estambul; hablo de Persia hasta 1935, cuando el país cambió formalmente de nombre por el de Irán. Espero que el lector acostumbrado a reclamar mayor coherencia en estas cuestiones sepa ser paciente.

## PREFACIO

De niño, una de mis posesiones más preciadas era un gran mapa del mundo. Estaba clavado en la pared, al lado de la cama, y cada noche, antes de quedarme dormido, pasaba un rato mirándolo con atención. No tardé mucho tiempo en aprender de memoria los nombres y ubicaciones de todos los países, con sus capitales, así como los océanos y los mares y los ríos que desembocaban en ellos; los nombres de las cadenas montañosas y desiertos más importantes estaban escritos en una cursiva apremiante que prometía aventuras y peligros.

Para cuando llegué a la adolescencia, había empezado a molestarme el enfoque implacablemente estrecho de las clases de geografía que recibía en la escuela, las cuales se concentraban de forma exclusiva en Europa occidental y Estados Unidos y en las que la mayor parte del resto del mundo no tenía cabida. En la asignatura de historia estudiábamos la Britania romana, la conquista normanda de 1066, Enrique VIII y los Tudor, la guerra de independencia de Estados Unidos, la industrialización victoriana, la batalla del Somme, el ascenso y la caída de la Alemania nazi. Y yo miraba mi mapa del mundo y veía regiones enormes de las que nunca nos ocupábamos.

Cuando cumplí catorce años mis padres me regalaron un libro del antropólogo Eric Wolf, que fue para mí un auténtico detonador. Wolf escribía que la historia de la civili-

zación aceptada, y perezosa, era una en la que «la Grecia antigua engendró a Roma, Roma engendró la Europa cristiana, la Europa cristiana engendró el Renacimiento, el Renacimiento engendró la Ilustración, la Ilustración engendró la democracia política y la revolución industrial. La industria se mezcló con la democracia para engendrar a su vez a los Estados Unidos, la encarnación de los derechos a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». [1] De inmediato me di cuenta de que ese era exactamente el relato que me habían contado: el mantra del triunfo político, cultural y moral de Occidente. Ese relato, sin embargo, era defectuoso: había formas alternativas de ver la historia, formas que no implicaban ver el pasado desde la perspectiva de los vencedores de la historia reciente.

Yo estaba cautivado. De repente, resultaba obvio que las regiones sobre las que no nos enseñaban nada en la escuela habían quedado en el olvido, ahogadas por la insistencia en el relato del ascenso de Europa. Le rogué a mi padre que me llevara a ver el mapamundi de Hereford, que sitúa Jerusalén en el centro mientras que Inglaterra y los demás países occidentales aparecen a un lado, como territorios básicamente irrelevantes. Cuando leí que había geógrafos árabes que acompañaban sus obras con mapas que parecían estar al revés y en los que el mar Caspio figuraba en el centro, quedé estupefacto; y volví a sentirme así cuando descubrí que en Estambul se conservaba un importante mapa turco de la Edad Media en el que el lugar central lo ocupaba una ciudad llamada Balāsāghūn, un sitio del que yo nunca había oído hablar, que no aparecía en ningún otro mapa y cuya ubicación misma había sido objeto de duda hasta épocas recientes, y que, no obstante, en otro tiempo era considerado el centro del mundo.[2]

Yo quería saber más acerca de Rusia y Asia Central, acerca de Persia y Mesopotamia. Quería entender los orí-

genes del cristianismo desde la perspectiva de Asia y cómo eran las cruzadas para quienes vivían en las grandes ciudades de la Edad Media: Constantinopla, Jerusalén, Bagdad y El Cairo, por ejemplo; quería aprender más sobre los grandes imperios de Oriente, sobre los mongoles y sus conquistas; y comprender cómo se veían las dos guerras mundiales cuando se las consideraba no desde Flandes o el frente oriental, sino desde Afganistán y la India.

El hecho de que pudiera aprender ruso en la escuela fue, por tanto, una suerte extraordinaria. Mi profesor fue Dick Haddon, un hombre brillante que había prestado servicio en la inteligencia naval y estaba convencido de que la mejor forma de entender la lengua rusa y su *dusha* (o alma) era a través de las grandes obras literarias y la música campesina. Y me sentí todavía más afortunado cuando además se ofreció a darnos clases de árabe a quienes estuviéramos interesados, lo que nos permitió a media docena de estudiantes introducirnos en la cultura y la historia del islam y sumergirnos en la belleza del árabe clásico. Estas lenguas contribuyeron a abrir la puerta de un mundo que estaba a la espera de ser descubierto o, como pronto supe, redescubierto por Occidente.

En la actualidad, se dedica mucha atención a valorar el posible impacto del rápido crecimiento económico de China, donde se prevé que la demanda de artículos de lujo se multiplique por cuatro en el próximo decenio, o a estudiar el cambio social en la India, donde el número de personas que tiene acceso a la telefonía móvil es mayor que el de quienes tienen acceso a inodoros.<sup>[3]</sup> Pero ninguno de estos dos países nos ofrece la mejor perspectiva para considerar el pasado y el presente del mundo. De hecho, el eje alrededor del cual giraba el planeta durante milenios no fue

Oriente u Occidente, sino la zona geográfica entre uno y otro, el espacio que conectaba Europa con el océano Pacífico.

Ese punto a mitad de camino entre Oriente y Occidente, la región que en términos muy generales se extiende desde la ribera oriental del Mediterráneo y el mar Negro hasta la cordillera del Himalaya, acaso parezca una posición poco prometedor desde la cual se pueda examinar la historia mundial. Hoy, ese territorio acoge una serie de estados que evocan lo exótico y lo periférico, como Kazajistán y Uzbekistán, Kirguistán y Turkmenistán, Tayikistán y los países del Cáucaso; es una región asociada con regímenes inestables y violentos que constituyen una amenaza para la seguridad internacional, como Afganistán, Irán, Irak y Siria, o poco versados en las mejores prácticas de la democracia, como Rusia y Azerbaiyán. En términos generales, la región parece acoger una serie de estados fallidos, o en proceso de convertirse en tales, dirigidos por dictadores que obtienen mayorías increíblemente elevadas en las elecciones nacionales y cuyas familias y amigos dominan empresas que crecen sin control, poseen vastas fortunas y ejercen el poder político. Son lugares con un pésimo historial en materia de derechos humanos, en los que la libertad de expresión es muy limitada en lo que se refiere a religión, consciencia y sexualidad, y donde el control de los medios de comunicación determina lo que aparece y no aparece en la prensa.[4]

Aunque tales países puedan parecernos disparatados, lo cierto es que no son lugares atrasados ni yermos perdidos. De hecho, el puente entre Oriente y Occidente es la propia intersección de la civilización. Lejos de encontrarse en el margen de los asuntos mundiales, estos países ocupan hoy un lugar central, como lo han hecho desde el comienzo de la historia. Fue allí donde surgió la civilización y donde muchos consideran que fue creada la humanidad:

por lo general, se considera que el jardín del Edén, que «plantó Yahveh Dios» con «toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer», estaba situado en los fértiles campos entre el Tigris y el Éufrates.[5]

Fue en este puente entre Oriente y Occidente donde hace casi cinco mil años se fundaron las grandes metrópolis de la Antigüedad, ciudades como Harappa y Mohenjo-Daro, en el valle del Indo, maravillas del mundo antiguo, con poblaciones de decenas de miles de habitantes y calles que se conectaban mediante un complejo sistema de alcantarillado que durante miles de años no conocería rival en Europa.[6] Otros grandes centros de la civilización, como Babilonia, Nínive, Uruk y Acad, en Mesopotamia, eran famosos por su majestuosidad e innovaciones arquitectónicas. Entre tanto, un geógrafo chino escribía hace más de dos mil años que los habitantes de Bactria, un reino surgido alrededor del río Oxus, en lo que hoy es el norte de Afganistán, eran negociantes y comerciantes legendarios; la ciudad principal era la sede de un mercado en el que se compraba y vendía una gama inmensa de productos procedentes de todos los lugares imaginables.[7]

Esta región fue el lugar en el que surgieron las grandes religiones del mundo, donde el judaísmo, el cristianismo, el islam, el budismo y el hinduismo se desarrollaron en estrecho contacto entre sí. Fue el caldero en el que los grupos lingüísticos compitieron, en el que las lenguas indoeuropeas, semíticas y sino-tibetanas se hablaban junto a las altaicas, turcas y caucásicas. Fue allí donde los grandes imperios se alzaron y cayeron, donde las consecuencias de los choques entre culturas y grupos rivales se sentían a miles de kilómetros de distancia. Situarse en esa región abre nuevas formas de mirar el pasado. Nos muestra un mundo profundamente interconectado, donde lo que ocurría en un continente tenía impacto en otro, donde las réplicas de lo

ocurrido en las estepas de Asia Central podían percibirse en el norte de África, donde los sucesos que tenían lugar en Bagdad repercutían en Escandinavia, donde los descubrimientos realizados en el continente americano alteraban el precio de los productos en China y causaban un aumento de la demanda en los mercados de caballos del norte de la India.

Estos temblores viajaban a través de una red que se desplegaba en todas las direcciones, las rutas que transitaban los peregrinos y los guerreros, los nómadas y los comerciantes, en las que se vendían y compraban mercancías y cosechas, en las que las ideas se intercambiaban, adaptaban y refinaban. Por esos caminos, sin embargo, no solo circulaba prosperidad, sino también muerte y violencia, enfermedades y desastres. A finales del siglo XIX el eminente geólogo alemán Ferdinand von Richthofen (tío del famoso piloto de la primera guerra mundial conocido como el Barón Rojo) bautizó esa dinámica red de conexiones con un nombre que se ha mantenido hasta nuestros días: *Seidenstraßen*, «rutas de la seda».[8]

Esas rutas son una especie de sistema nervioso central del mundo, una red que une y conecta pueblos y lugares, pero que se encuentra bajo la superficie, invisible a simple vista. Del mismo modo en que la anatomía explica el funcionamiento del cuerpo, comprender esas conexiones nos permite entender cómo funciona el mundo. Y no obstante, pese a su tremenda importancia, esa parte del planeta ha quedado en el olvido para la historia convencional. Ello se debe, en parte, a lo que se ha dado en llamar «orientalismo», la concepción estridente y abrumadoramente negativa de un Oriente poco desarrollado y en general inferior a Occidente y, por ende, indigno de estudio serio.[9] Por otro lado, sin embargo, también es consecuencia del hecho de que el relato dominante sobre el pasado ha conseguido

consolidarse de tal forma que no hay espacio en él para una región que durante mucho tiempo ha sido considerada periférica para la narración del ascenso de Europa y la sociedad occidental.

En la actualidad, Jalalabad y Herat, en Afganistán, Faluya y Mosul, en Irak, y Homs y Aleppo, en Siria, parecen sinónimos de fundamentalismo religioso y violencia sectaria. El presente se ha llevado por delante el pasado: olvidados están los días en los que el nombre de Kabul evocaba la imagen de los jardines plantados y cuidados por el gran Bābur, el fundador del imperio mogol en la India. El Bāgh-i-Wafa (Jardín de la Fidelidad) incluía un estanque, rodeado por un huerto de naranjos y granados y una pradera de tréboles, del que Bābur estaba particularmente orgulloso: «Esta es la mejor parte del jardín, la vista es bellísima cuando las naranjas adquieren color. ¡En verdad que el jardín tiene una ubicación admirable!». [10]

Del mismo modo, las impresiones modernas acerca de Irán han oscurecido las glorias de su historia más distante, cuando los persas eran un paradigma de buen gusto en todos los ámbitos, desde la fruta que se servía durante la cena hasta los deslumbrantes retratos en miniatura creados por artistas legendarios o el papel en el que escribían los estudiosos. En una obra muy apreciada, Simi Nīshāpūrī, un bibliotecario que vivió en Mashad, en el este de Irán, alrededor de 1400, recoge con sumo detalle el consejo de un bibliófilo que compartía su pasión por los libros. Cualquiera que piense en escribir, recomienda solemnemente, debe saber que el mejor papel para la caligrafía es el fabricado en Damasco, Bagdad o Samarcanda. El papel producido en otras partes «por lo general es basto, se mancha y no dura». Téngase en cuenta, advierte, que vale la pena teñir ligeramente el papel antes de escribir con tinta en él, «pues el blanco daña los ojos y todos los ejemplos maestros de